

BAUTISMO DEL SEÑOR CICLO C

Con ojos nazarenos
HH. SAGRADA FAMILIA



LAS LECTURAS

Isaías 42,1-4.6-7

Esto dice el Señor: Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones. No gritar, no clamar, no vocear por las calles. La caña cascada no la quebrar, el pabilo vacilante no lo apagar. Promover fielmente el derecho, no vacilar ni se quebrar hasta implantar el derecho en la tierra y sus leyes, que esperan las islas. Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones. Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en las tinieblas.

Hechos 10,34-38

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: -Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los israelitas anunciando la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos.

Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él.

Lucas 3,15-22

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos:

- Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

- Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.

EL COMENTARIO DESDE NAZARET

"Tú eres mi Hijo"

El evangelista Lucas nos introduce en el misterio del bautismo de Jesús con la predicación de Juan Bautista.

La misión de Juan es la de preparar al pueblo ante la inminente venida del Mesías. Su actividad es doble: predicación y bautismo. La predicación exhorta a la conversión y el rito del bautismo la simboliza. Pero Juan es muy consciente de la transitoriedad de esa misión. Sabe que debe ceder el puesto a otro que ya ha venido. Y él mismo establece la diferencia entre su persona y la del Mesías, entre su mensaje y el del Mesías, entre su bautismo y el del Mesías. "El bautismo de Juan es el bautismo del siervo, el bautismo de Cristo es el bautismo del Señor; el bautismo de Juan es de agua, el bautismo de Cristo es de agua y de Espíritu Santo. El bautismo de Juan tiene como finalidad suscitar el espíritu de penitencia, el de Cristo es para la remisión de los pecados. Con el bautismo de Juan, Cristo fue manifestado; con el bautismo de Cristo, es decir, con su pasión, Cristo fue glorificado" (Ruperto de Deutz).

Para recibir el bautismo Jesús se mezcla entre la gente, manifestando su solidaridad con los hombres pecadores y baja al Jordán. Es un nuevo escalón en su bajada para ponerse a nivel del hombre que quiere redimir.

"Se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo". Jesús, en comunión eterna de vida con el Padre en el Espíritu Santo, hecho hombre por obra del mismo Espíritu, es ahora colmado del mismo Espíritu. Por esta presencia

vivificante del Espíritu Santo, Jesús es ungido como Mesías y constituido jefe del nuevo pueblo elegido y de toda la humanidad: a partir de ese momento Jesús actúa movido por el Espíritu Santo, lo comunica a los que se le acercan y lo entrega en plenitud al morir en la cruz, inaugurando el tiempo del Espíritu.

"Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto". La expresión tiene importantes resonancias en el Antiguo Testamento. El "hijo predilecto" es, ante todo David, el rey que con su modo de ser anunciaba otro rey futuro y definitivo. Recuerda también la figura del "siervo de Yavé", inspirada en David e interpretada por los evangelistas para describir los sufrimientos de Cristo en su pasión y puede ser también todo el pueblo elegido.

La voz del cielo expresa con claridad la unión íntima del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo y explica el comportamiento de Jesús con el Padre (oración, obediencia, amor) y con los hombres. Su modo de actuar, calcado del estilo manso, humilde y firme del siervo de Yavé, es la mejor manifestación del amor de Dios a los hombres. "Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él" Hech 10,38.

Visto desde Nazaret



Visto desde Nazaret, el episodio del bautismo en el Jordán aparece como la consagración por parte de Dios de lo que Jesús venía viviendo.

En el Jordán adquiere, por así decirlo, la representación de todo el pueblo elegido: es ungido como Mesías. Pero esta representación no es algo artificial. Se ha ido forjando desde el momento de la encarnación y a través de todos los años de Nazaret. Hasta llegar al Jordán Jesús ha recorrido el largo desierto de la asunción de todo lo humano que se llama Nazaret.

Cuando Jesús oyó las palabras del Padre: "Tú eres mi Hijo querido", sabía que se referían ante todo a él como persona, pero también a todo el pueblo de Israel y a todos los que mediante la fe y el bautismo nos iríamos incorporando a él.

Jesús no es un Mesías caído de las nubes, surge desde el centro mismo del pueblo al que va a salvar.

Su unción y poder mesiánico, el poder y la fuerza del Espíritu Santo, se transmiten a la gente a través de las palabras, del lenguaje y de los gestos que Jesús aprendió en Nazaret. Y de este modo su palabra está al mismo tiempo llena de poder y es sencilla, humana, clara y concreta. Porque la fuerza del Espíritu nada quita a lo que es verdadero valor humano. Al contrario, lo revaloriza haciéndolo instrumento de comunicación entre Dios y el hombre.

Nosotros

Acabamos de considerar que el bautismo de Jesús no es algo que le afecte a Él solo. Juan Bautista anuncia: "Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego". Y Juan pagó su anuncio con la vida propia.

Después del bautismo de Cristo, que tuvo culminación en la muerte de cruz, también nosotros, en cuanto bautizados en nombre de la Trinidad, hemos sido consagrados. También nosotros hemos recibido el Espíritu Santo y el Padre nos ha llamado hijos. En el bautismo se nos ha comunicado la fuerza salvadora y liberadora de la muerte y resurrección de Cristo.

El cristiano que vive hoy en Nazaret sabe, sin embargo, que, aunque todo se le dio ya en el primer momento por gracia de Dios, no queda eximido de su esfuerzo personal y de su trabajo constante para que la nueva vida crezca, fructifique y llegue a su madurez.

En ningún sitio mejor que en Nazaret se ve cómo la nueva vida es a la vez un germen poderoso y delicado, capaz de llegar a metas insospechadas y con muchas posibilidades de fracasar.

Quien vive así sabe que hay una tensión permanente entre lo recibido y lo que uno debe conquistar, entre lo que uno es y lo que debe llegar a ser. Como San Pablo deberá decir: "No es que yo haya conseguido el premio o que ya está en la meta: sigo corriendo a ver si lo obtengo, pues el Mesías Jesús lo obtuvo para mí" Fil. 3,12. Deber además esforzarse por seguir sus consejos que invitan al cristiano a una constante autocrítica ("Poneos a la prueba a ver si os mantenéis en la fe, someteos a examen" 2Co 13,5) y a la renovación ("Cambiad vuestra actitud mental y revestíos de ese hombre nuevo creado a imagen de Dios" Ef 4,24) hasta llegar a la plena madurez en Cristo. ("En vez de eso, siendo auténticos en el amor, crezcamos en todo hacia aquél que es la cabeza, Cristo" Ef 4,15).

El camino de Nazaret tiene como meta, al igual que para Jesús, el bautismo. Parece contradictorio para el cristiano hablar de un camino hacia el bautismo. Pero, si se examina en profundidad, se puede comprender que toda la vida ha de ser un esfuerzo para "llegar a ser" lo que "somos".

H. TEODORO BERZAL. FSF.

